

á fin de que el hombre, incorporándose á lo inmortal, participe de la incorrupción. A la manera que se oculta un carbón bajo ceniza para conservar una semilla de fuego, así Jesucristo, Señor nuestro, oculta en nosotros la vida bajo su propia carne depositando en ella un germen de inmortalidad, anulador de toda clase de corrupción.» No quiere decir esto, hermanos míos, que Dios haya abrogado la indeclinable ley que nos condena á todos, sin excepción alguna, á morir, sino que nos ha empeñado su palabra de librarnos de la muerte. «El que come mi carne y bebe mi sangre, posee la vida eterna, y yo le resucitaré en el día novísimo.» Sí, los que no hayan recibido la Eucaristia vivirán y resucitarán también, lo confieso; mas no á la superabundancia de vida, no á los esplendores sin rival de los cuerpos gloriosos, que lucirán en la patria los comulgantes del destierro; con lo cual, la comunión de la eternidad rebosará aún más de goces, de delicias y de gloria: *Ut vitam habeant et abundantius habeant. Amén.*

PLÁTICAS EUCARÍSTICAS PREPARATORIAS

*Quasi flos rosarum in diebus vernis.
Soy como la flor de rosa en la primavera.*

[ECCLE. c. 50, v. 8.]

Esta es la ocasión, amados hermanos míos, en que el celestial Esposo, mirando por entre las celosías de los cándidos accidentes que le ocultan en este adorable Sacramento, os convida, como á la Esposa de los Cantares, á gozar sus dulces y cariñosos abrazos. ¡Oh amiga mía, dice al alma fiel, amiga mía por la caridad que derramé en ti para que me amaras; paloma mía por la sencillez que te aconsejé para que me buscaras á mi solo; hermosa mía por la imagen que imprimi en ti para que me imitaras: levántate del amor de las cosas terrenas, del sueño de la tibieza; acércate al Esposo, á tu Maestro, á tu Señor; ven como hija al Padre, como esposa al esposo, como discípula al

maestro, como sierva al señor, como enferma al médico, como sedienta á la fuente de aguas vivas, como hambrienta al pan del cielo! He aquí aquel Esposo que te visitó por ministerio de los ángeles, que se acercó á ti por las promesas hechas á los Patriarcas, que te anunció la aceleración de su venida por los vaticinios de los Profetas, que se te presentó en carne mortal, que acudió á tus necesidades con repetidos milagros, que te habló por sus Apóstoles: cubierto hoy con el velo de los accidentes de pan y vino, te convida á esta celestial mesa que te preparó su divina sabiduría. *En dilectum loquitur: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.*

No te me excuses con el hielo de tu flojedad y con el lodo de tus carnales deseos: después que pasaste por el fuego de la contrición y por las saludables aguas de la penitencia, no rehuses el refrigerio que te ofrece mi amor. Ya se pasó el invierno de los frios afectos, cesaron ya las importunas lluvias de la tribulación que anega á los que obran la iniquidad: *Hiems transit, imber abiit et recessit.* Las semillas de virtud que mis ministros arrojaron en el místico campo de tu corazón, empiezan ya á brotar, y prometen con las flores de sus deseos unos abundantes frutos de justicia y santidad: *Flores apparuerunt in terra nostra.*

Levántate y ven á este jardín ameno de la Sagrada Eucaristia: en él hallarás aquella flor divina que debe ser el modelo de las que tú has de producir. Jesucristo en este adorable Sacramento nos está diciendo: Yo soy la flor del campo y la azucena de los valles: Yo soy la flor de rosas en los días de la primavera. *Quasi flos rosarum in diebus vernis.* Le veréis aquí cercado de espinas, y percibiréis el olor suave que exhala. Mirad á este verdadero Salomón en el estado á que lo redujo la Sinagoga su madre. El se nos presenta en estado de inmolación, en estado de víctima, en estado de muerte; renueva con una oblación incruenta el sacrificio sangriento de la cruz. Mirad ese cuerpo cubierto de heridas profundas y dolorosas; esa cabeza coronada de espinas, inclinada hacia vosotros, que parece os pide que la sostengáis; esos ojos que se mueven y van á cerrarse á todas las cosas del mundo; esa boca bañada en hiel y vinagre que no se abre sino para pronunciar pocas palabras; esos pies que no pueden moverse; esas manos taladradas que extiende á un pueblo incrédulo y rebelado contra él: ved ahí las espinas que rodean la divina flor que brotó de la raíz de Jesé.

Pero entraos en los agujeros de la mística piedra: como amantes palomas, penetrad las llagas de ese cuerpo que el Salvador presenta de continuo á su eterno Padre; cada una de ellas expresa su cariño,

cada una de ellas es una lengua que explica su amor. La caridad, que como la rosa lo es de las flores, es la reina de las virtudes, mueve á Jesucristo á ponerlas todas en movimiento en la Sagrada Eucaristía por nuestro provecho. Porque nos ama, se humilla, se aniquila, se anonada en este Sacramento; ocultando no sólo los resplandores de su Divinidad, mas aun los rasgos de su humana naturaleza. Porque nos ama, sufre las blasfemias de los incrédulos, los insultos de los herejes, los sacrilegios de los malos cristianos que no tienen horror de colocar esta mística arca al lado de los ídolos que adoran en su corazón. Porque nos ama, está escondido en esta hostia sin movimiento, sin acción, sin señal alguna de vida. Porque nos ama, está día y noche encerrado en un tabernáculo, sale presuroso de nuestros templos para acudir á nuestras necesidades, entra en nuestras casas, nos consuela con su visita en las graves enfermedades, no desdeña la pobreza de las más humildes chozas, se une con nosotros, nos acompaña hasta la entrada de la eternidad. Su amor emplea su infinito poder, compendiando en la Eucaristía todas sus innumerables maravillas: su amor apura su sabiduría, inventando medios como unirse, como estrecharse con nosotros, como transformarnos á nosotros en él; su amor abre los tesoros de sus gracias para derramarlas á manos llenas en el alma en cuya morada hace consistir sus delicias. Si Jesucristo en el Sacramento es sufrido, es paciente, es mortificado, es humilde, es generoso, es magnífico; es porque el amor le empeña á ejercer sus virtudes en favor de nosotros. La caridad de Jesucristo en la Eucaristía huele á las flores de todas las virtudes, y las produce todas en las almas, que reciben en su seno esta semilla de la bienaventurada inmortalidad. Jesucristo en la Eucaristía es una flor que brotando de en medio de las espinas de sus trabajos y humillaciones, y conservando todo el vigor de la primavera sin marchitarse jamás, adorna el campo místico de la Iglesia con la hermosa variedad de flores de los escogidos: *Ego flos campi.... quasi flos rosarum in diebus vernis.*

Venid, pues, á coger esta mística flor que tan generalmente se os ofrece, y trasplantada al jardín de vuestra alma: presentadme una tierra limpia de abrojos, un corazón vacío de afectos terrenos, un espíritu desprendido de los bienes caducos, un pecho libre de los carnales deseos, un alma pura que sea un campo escogido donde el Divino Esposo tome su descanso. Es verdad que nosotros no podemos acercarnos á él como conviene, si su Padre celestial no nos atrae con su gracia; pero Él lo hará si se lo pedimos con sinceridad y fervor. Nuestras flaquezas nos obligan á decir con el apóstol San Pedro: Se-

ñor, apartaos de nosotros, porque somos grandes pecadores; pero la bondad de este Padre de familias nos llamará á su convite aunque seamos flacos y débiles en su servicio.

Esposo Divino, enamorado de nuestras almas, atraednos en pos de Vos; nosotros correremos tras el suave olor de vuestros perfumes. Vednos aquí en vuestra presencia dispuestos á arrancar del campo de nuestro corazón las malas yerbas de los vicios y arraigar en él los fecundos árboles de las virtudes: deseosos de que vengáis á recrearos en nuestra alma como en el huerto á que os convidó la Esposa en los Cantares, nos esforzamos con los más vivos sentimientos de contrición á purificarla de las zarzas de las pasiones: anegados en lágrimas y penetrados de dolor, os decimos más con el corazón que con los labios: *Confiteor Deo.*

Vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi.
Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.

(MATTH. c. 28, v. 20.)

¡Cuán admirables son todas las obras de Dios! Quien mire con reflexión el cielo, la tierra, todas y cada una de las criaturas, ¿no se sentirá arrebatado de admiración y prorrumpirá en aquellas palabras de David: Admirables son, Señor, vuestras obras: así lo confiesa y reconoce mi alma? El que pare la atención en la Encarnación del Verbo Divino, ¿no se admirará de que el que es invisible con los suyos, se haya hecho visible en nosotros; el que es ante todo tiempo, haya querido nacer en él; el Señor del universo tomar la forma de siervo; el impassible no desdeñarse de ser pasible; el inmortal sujetarse á las leyes de la muerte? Y el que fije los ojos en este adorable Sacramento, ¿no admirará renovados en él todos los prodigios y señales del Verbo Divino encarnado en las entrañas de la soberana Virgen María? Aquí es donde nuestro corazón se confunde á vista de la grandeza de esta obra; y se dilata después, considerando la inefable dignación de su bondad. Este misterio parece que tenía presente el profeta David cuando llamaba á todas las criaturas para que vieran las obras del Señor y los prodigios que había puesto sobre la tierra. Su bondad y su sabiduría proyectan y realizan la grande obra de su Encarnación; y el sacramento de la Eucaristía es el espejo en que resplandecen estas perfecciones. Exceso de la bondad de Jesucristo. Invenciones de su sabiduría. *Vobiscum sum omnibus diebus.*

Exceso de la bondad de Jesucristo. Realizada la ruina de los Angeles y la caída de los hombres, se propuso Dios restaurarlo todo en el cielo y en la tierra, dice San Pablo. He aquí, amados hermanos míos, manifestada ya la grandeza de su incomprensible bondad. Comunicase á sí mismo infinitamente en la Encarnación del Verbo y en la institución de la Sagrada Eucaristía. En la Encarnación, cuando el Verbo Eterno se une á la naturaleza humana de Cristo; y en la Eucaristía, cuando en la misma noche en que ha de ser vendido, instituye este divino Sacramento, en que, siendo Dios y hombre, se comunica á todos los que quieren recibirle. ¡Cuántos testimonios de su amor para con los hombres no había dado desde la cuna! No le dolieron prendas para acreditarlo. Pero al fin de su vida determina quedarse con nosotros en el Sacramento del Altar, y ved aquí el exceso de su amor. *Vobiscum sum omnibus diebus.*

¿Y en qué tiempo lo determináis, oh Dios mío? ¡Ah! La hora de las tinieblas se acerca, pero la de vuestro amor se adelanta. Vuestros enemigos se disponen para salir á prenderos por envidia; Vos os entregáis antes á los hombres por caridad. Ellos andan sedientos por prenderos; Vos estáis más sediento de comunicaros. Ellos corren en fuerza de esta sed; Vos corréis más en fuerza de vuestro amor. *Cucurri in siti.* Tomáis en vuestras divinas y venerables manos los elementos del pan y del vino; los convertís en vuestro cuerpo y en vuestra sangre, para alimento del hombre. Obra que no tenía semejanza desde el principio del mundo. En este Sacramento es donde le hallamos siempre dispuesto para darse á los amigos y á los enemigos. Si sólo permitiera que gozasen de este incomparable beneficio la Santísima Virgen, los Apóstoles ó los hombres de una especial santidad, su bondad sería celebrada en todos los siglos. ¡Cuánta mayor es la de darse á los dignos y á los indignos, entrar en el pecho de Pedro igualmente que en el de Judas, ofrecerse á todos, permanecer con todos hasta la consumación de los siglos! ¡Cuánta no hubiera sido su bondad, si hubiera elegido para estar con nosotros algún monte célebre como el Tabor, ó alguna ciudad distinguida como Roma! ¡Cuánta, si se hubiese quedado en una sola hostia y en ciertos solemnes días! ¡Cuán infinita, no haberse limitado ni á un lugar, ni á una hostia, ni á ciertas horas, ni á determinado tiempo! El está en casi todos los lugares del mundo y en todas las hostias consagradas: para que todos los hombres le tengan, le adoren y experimenten los efectos de su bondad. ¡Cuán bueno es tu Dios, oh Israel! ¡Cuán bueno es Jesucristo, instituyendo este Sacramento! ¡Cuán bueno, viniendo á nosotros! ¡Cuán bueno, quedando con nosotros! ¡Cuán

bueno, anivelando su amor á las leyes de su sabiduría en este augusto Sacramento!

En fuerza de las santas invenciones de su sabiduría, halló Jesucristo el secreto de que su sagrado cuerpo esté juntamente en el cielo y en la tierra. Dos amores se me figura que luchan entre sí en el corazón de Jesucristo, cuando está para pasar al Padre, y le inclinan á dos términos opuestos: uno á subir al cielo, otro á quedarse en la tierra; uno á habitar en la casa de Dios, de donde salió; otro á morar entre los hombres, por quienes va á morir; uno le dice que es necesario quedarse en la tierra para que los enemigos de la Iglesia no prevalezcan contra ella; otro, que no descenderá el Espíritu Santo sobre esa Iglesia, si él no se vuelve al Padre. ¿Qué hará nuestro Salvador en este caso? ¿A dónde se inclinará? Si deja la tierra para subir al cielo, la Iglesia queda sola y sus hijos huérfanos; si no sube al cielo y permanece en la tierra, ni el Espíritu Santo bajará á visitarnos, ni se nos abrirán las puertas de aquella celestial Patria. ¿Qué hará, pues, Jesucristo? ¡Ah! Subirá al cielo y quedará en el mundo. Su Sabiduría hallará el modo de unir y conciliar estos dos extremos. Subirá al Padre en la propia forma que tomó, y quedará con nosotros en forma de comida sacramental. ¿Pueden ser más admirables su bondad y su sabiduría en este sacramento admirable de la Eucaristía, á cuya participación somos llamados? *Vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi.*

El que así se ha quedado por nosotros y con nosotros en este mundo, ¿nos convidará en vano á que vengamos á él? ¿No nos está prometiéndolo que el que comiere su carne, vivirá una vida eterna? ¿No nos ofrece un alimento que llenará todos nuestros deseos? ¿Qué nos detiene, pues, para que, cual otros sedientos ciervos, corramos á él como á la fuente de aguas para apagar nuestra sed? Adoremos mil veces las preciosas sendas de su bondad; veneremos los admirables designios de su incomprensible misericordia: reconozcamos las prodigiosas invenciones de su sabiduría, y ofrezcámonos en cuerpo y espíritu á un Dios que con tan amoroso convite solicita ganar nuestros corazones: postrémonos ante sus sagradas plantas, y humillados digámosle de corazón: *Confiteor Deo.*

Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

Como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(JOAN, 13, v. 1).

Cada misterio de nuestra redención es un argumento notorio del amor que nos tuvo nuestro Redentor. Pero todas las pruebas de su caridad excesiva las resume, las renueva, y aun las supera con un exceso maravilloso, el misterio de nuestros altares. En este Sacramento augusto están reunidos los amorosos portentos de su Encarnación, de su Nacimiento, de su Pasión y de su Muerte. Habiendo Jesús amado á sus hijos, dice San Juan, los amó hasta el fin: *Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos*. Parémonos aquí, hermanos míos, y penetremos del más vivo reconocimiento: Jesucristo en este Sacramento se nos da sin reserva, sin distinción, sin fin. Ved aquí el prodigio por excelencia de su caridad. Por sincero que nos parezca el amor de nuestros amigos, siempre es mayor para con ellos que para con nosotros. Sólo al Señor Sacramentado le pertenece amarnos con un amor generoso, con un amor indivisible, con un amor perseverante hasta la consumación de los siglos.

La Encarnación, la vida, la muerte de nuestro Salvador, ¡qué dones tan espléndidos é inapreciables! Pero para completar su amor le quedaba todavía un regalo más magnífico, cual es el de la Eucaristía. El se había dado por nosotros, se había revestido de nuestra carne, sujetádoe á nuestras enfermedades, inmoldádoe por nuestra salvación. Pero aquí se une á nosotros, á nuestra naturaleza y á nuestra persona; vive por nosotros y dentro de nosotros; hace en algún modo una redención diaria, más extensa, más copiosa que la del Calvario. En su misión á la tierra, dice San Bernardo, nos da su alma como un Pastor misericordioso; en este Sacramento, como un Pastor santamente pródigo, nos da su cuerpo con su alma. Allí es generoso; aquí es grande y magnífico: es un médico caritativo que puede y quiere curar nuestras llagas; es un Pastor vigilante que llama con ansia sus ovejas; es un juez favorable que perdona al delincuente; es un Padre amable, es un Dios que se nos da á sí mismo, que es lo mejor que nos puede dar, concluye San Bernardo. ¡Un Dios se consagra todo entero á nosotros; se hace el compañero de nuestro destierro, el remedio de nuestras flaquezas, el alimento de nuestros males, nuestro pan, nuestra vida! ¡Exceso de un amor incomprensible!

¿Qué le queda ya que darnos á nuestro Redentor? Almas tiernas y agradecidas, sólo en su abundancia habéis de buscar con qué suplir vuestra miseria. Cuando os dierais á él mil veces, jamás le daríais tanto como le debéis.

Examinémonos á nosotros mismos, y preguntémonos: quiénes somos nosotros y quién el Dios que se nos da. Si los cielos de los cielos no pueden conteneros á Vos, Dios mío, exclama Salomón, ¿cómo podréis venir á morar en esta casa, que apenas es un punto insignificante respecto del universo? Espiritus bienaventurados; vosotros en quienes la culpa más ligera no desfiguró jamás vuestra belleza; vosotros en quienes la gracia siempre nueva y siempre viva formó una imagen halagüeña á los ojos purísimos del Esposo celestial; vosotros podríais ser morada digna del Dios de las bondades. ¿Pero nosotros, viles gusanos, pecadores indignos, esclavos de la culpa; nosotros, templo de Jesús Sacramentado?... ¡Oh finezas de un amor sin distinción! Preveía el Salvador que indignos por nuestras miserias, ingratos por nuestra insensibilidad, pisáramos su cuerpo y su sangre, que haríamos comer á los perros el pan de los hijos, que como otros Judas le entregaríamos á la muerte y al Calvario. Con todo, nada de esto pudo debilitar su amor. Su liberalidad le hubiera parecido imperfecta, si no hubiese sido universal. Quería darse tanto á los pequeños como á los grandes, á los pobres como á los ricos, al impío como al justo. La cabaña le había de ser tan preciosa como el palacio, los calabozos como los templos. Todos los hombres habían de lograr la dicha de poseer al Hombre-Dios. Si un tal amor no nos mueve á amarle, ¿qué bastará para ello?

¿Qué cosa más digna de mi amor que un Dios que se inmola por mí, que un Dios que quiere él mismo servirme de alimento, que un Dios siempre pronto á recibirme, escucharme y consolarme? ¡Ah! Si yo no puedo hacer por Vos, adorable Salvador mío, todo lo que quisiera, debo, á lo menos, hacer todo lo que puedo. Supuesto que sobre este altar Vos os sacrificaré por mí, yo me sacrificaré por Vos, me haré por Vos, según la expresión de San Pedro, una hostia espiritual: supuesto que os anonadáis por mí, yo también me anonadaré por Vos; ya que os ofrecéis por mí al Eterno Padre, yo os haré también un perfecto ofrecimiento de todo lo que soy y pueda ser. Si es una afrenta no amar á los bienhechores, ¿qué horror sería no dar todos los afectos de mi corazón á aquel que tan prodigamente me franquea los de su magnificencia?

Vamos, pues, amados hermanos míos, á este Dios lleno de majestad y de dulzura. Vamos á ofrecer á este Dios presente por nos-

otros, los homenajes y obsequios de nuestro espíritu con la sumisión de nuestra fe. Vamos á rendir á este Dios presente por nosotros, el vasallaje de nuestro corazón con el ardor de nuestro amor. Vamos á manifestar á este Dios presente por nosotros, nuestras adoraciones. Vamos á tributarle á este Dios presente por nosotros, nuestra gratitud y nuestro reconocimiento. Si nosotros le honramos y adoramos en este Sacramento adorable, mereceremos el venturoso cumplimiento de sus promesas, que será verle y amarle por toda la eternidad en el cielo. *Amén.*

Dicite filias Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sión: Aquí viene tu Rey lleno de dulzura.

(S. MATTH. c. 21. v. 5).

Palabras consoladoras con que el profeta Zacarías anuncia la venida del Mesías y dispone á los judíos á recibirle. Palabras que el evangelista San Mateo aplica á la entrada solemne de Jesucristo en Jerusalén. Palabras que nosotros podemos aplicar á la entrada de Jesús en nosotros por la Comunión. Si; un Rey viene á nosotros; un Rey con autoridad de Soberano, y un Rey con amor de Padre para con nosotros; un Rey que anonadándose por nosotros en este Sacramento, nos enseña la humildad con que debemos acercarnos á recibirle: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Cuando fijo los ojos en este Rey Sacramentado, apenas puedo persuadirme que sea el mismo esplendor de la substancia del Padre, el Verbo encarnado que reúne en sí todas las perfecciones; el Dios inmenso, infinito, eterno, omnipotente, el Ser Supremo que todo lo mueve al imperio de su voluntad. Ningún vislumbre descubro de aquella majestad que asombra á los espíritus bienaventurados, de aquella inmensidad que lo llena todo, de aquella gloria que embriaga á los Santos. Ningún eco oigo de aquella voz magnífica que, en frase del Profeta, commueve á los desiertos y troncha los cedros del Libano; de aquella voz grande que aterra á los soldados que van á prenderle en el huerto; de aquella voz imperiosa á que obedecen los elementos y prestan homenaje todas las potestades. Ningún rasgo distingo de aquella potestad que abre camino por entre las aguas á los israelitas, que los sorprende con truenos y relámpagos, que para el sol en medio de su carrera para los Josueses. Ninguna señal diviso de aquella sabiduría eterna que lo distribuye todo con número, peso

y medida; que ilustra el entendimiento de los Salomones y llena el de los Apóstoles, y les comunica el don de lenguas. Ninguna señal... Pero ¡qué vacilación, hermanos míos! ¿Tan débil sería nuestra fe que, por no ver en este Sacramento las señales majestuosas de una potestad suprema, le negásemos las justas adoraciones que de nosotros exige? ¡Ah! Dejemos á los impíos el impropio vergonzoso trabajo de medirlo todo con sus luces. Creámos á ojos cerrados que recibimos en este Sacramento á un Dios, que no es menos grande porque nos oculta su grandeza, ni menos poderoso porque nos esconde su poder, ni menos sabio porque no nos muestra su sabiduría, ni menos majestuoso porque se nos presenta con tanto abatimiento. Es tan resplandeciente como el sol que las nubes roban á nuestros ojos; tan hermoso como la belleza que un velo nos usurpa. El estado de víctima en que se ofrece por nosotros, no le permite hacer ostensión de sus incomparables prerrogativas. La humillación, la obediencia, el abatimiento, ved aquí el tren majestuoso que acompaña á este nuevo Rey. Parece que se desnuda de aquellos dictados magníficos con que le anunciaron los oráculos de los Profetas, de Dios excelso, de Rey poderoso, de Conquistador insigne, de Príncipe del futuro siglo; parece que se despoja de quien es, para enseñarnos que viene á nosotros como un Rey manso, pacífico, humilde, anonadado. *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

¡Oh portento de humildad! ¡oh exceso de abatimiento! ¿Un Dios olvidado de quién es; un Dios viniendo á mí con tan profundo anonadamiento? ¡Oh!... Justos del antiguo testamento: ¡qué asombro hubiera sido el vuestro, si hubierais visto venir con tanta mansedumbre aquel Dios, que sólo os hablaba por la voz del trueno y del relámpago! Para nosotros estaban reservados estos días felices. A nosotros había de venir este Rey pacífico. ¿A nosotros? ¡Ah! Juan Bautista, el Precursor de Jesucristo, canonizado por la boca de la verdad misma, no se cree digno de desatar la correa de las sandalias del Salvador; ¿y nosotros nos juzgaremos dignos de que penetre hasta nuestro interior? ¿Es la humildad y abatimiento, y no el orgullo y altanería, lo que vive de asiento en nuestro corazón? ¿Es la dependencia y humillación, y no la vanidad y soberbia, lo que nos acompaña al encuentro del Señor? ¿Es la modestia y el respeto, y no el desdén y menosprecio, lo que nos dirige á recibir á un Dios, que tan humilde viene á nosotros, que anonadándose por nosotros en este Sacramento, nos enseña la humildad con que debemos acercarnos á recibirle? *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Si no nos acompañan estas necesarias disposiciones, pidámoslas

á lo menos al que nos las puede comunicar. Postrémonos humildes á su presencia, y lloremos delante de él nuestras vanidades: *Procedamus ante Deum, plorems coram Domino*. Penetremos de nuestra vileza é indignidad. Confesemos y detestemos nuestros altivos pensamientos. Adoremos al Soberano Rey de nuestras almas con sentimientos del más profundo respeto y anonadamiento. Adorémosle en espíritu y en verdad, para merecer verle y gozarle eternamente en el cielo.

Homo quidam fecit coenam magnam.
Un hombre dispuso una gran cena.

(Luc. 14, v. 16).

A este convite que nos tiene preparado el celestial Padre de familias es al que vengo á invitaros, amados hermanos míos. ¡Cuán grande es la bendición prometida á los que son llamados al convite de las bodas del Cordero, dice el Apocalipsis! ¡Cuán grande es el amor que nos manifiesta Dios en semejante convite! ¡Cuán grande su liberalidad! ¿Y nos haremos nosotros insensibles á tantas finezas? La esposa miserable, cuyos padres disiparon todos sus bienes, y que se halla huérfana, abandonada, abatida, ¿no admitirá el honor, el consuelo, la riqueza que se la ofrece? Consideremos, pues, y admiremos la generosidad de Dios en este convite.

Todos los convites de que nos habla el Antiguo Testamento, son pálidas sombras y figuras de aquel que preparó Dios en la Eucaristía para las almas débiles y fatigadas. En ella nos sirve de manjar el pan que bajó del cielo, el pan de los ángeles; y no lo comen cinco mil personas solamente, sino el mundo entero, y todos quedan con el saciado: *Sumit unus, sumunt mille*. Ella es el compendio de la liberalidad y magnificencia de Dios. Aquí, dicen los Santos Padres, el que prepara esta cena, es Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; la instituyó antes de su pasión, al celebrar la Pascua con sus discípulos; sirviéndoles después de ella el manjar espiritual de su precioso cuerpo y sangre. A ella son invitados los grandes y poderosos, los robustos y sanos, los pequeños y desamparados, los pobres y enfermos, los letrados, los artesanos, las viudas y pupilos que suspiran en esta triste soledad, los paralíticos que padecen en el lecho del dolor, los cautivos que sufren en las cárceles, y los navegantes que se hallan en medio de los peligros del mar. *Venite ad nuptias*.

¿Y cuál es el manjar que se nos sirve en el convite de estas celestiales bodas? ¡Oh naturaleza humana abatida por el pecado! nos dice el Padre celestial que á ellas nos invita. Yo me he acordado de ti, compadeciéndome de tu miseria, y quiero consolarte. Nada tengo más precioso y estimado que mi propio Hijo, y te lo entrego para remedio de tus males. Él será tu esposo, y derramará hasta la última gota de su sangre preciosísima, con tal que pueda sacarte del estado infeliz en que te encuentras. Él te dará mil pruebas del más fino amor; tomará la forma de esclavo para librarte de tus miserias; por ti nacerá en un pobre establo; por ti sufrirá el rigor de la circuncisión á los ocho días de nacido; por ti huirá á Egipto; por ti enseñará en el templo; por ti ayunará en el desierto, y predicará en Samaria y en Judea; por ti será azotado en Jerusalén, y, finalmente, crucificado en el Calvario. Él te dispensará del enorme peso de la ley de Moisés, conmutándole en el yugo suave y carga ligera de su ley evangélica. Instituirá el Bautismo para librarte del pecado original, la Penitencia para purificarte del actual, la Confirmación para fortalecerte en la confesión de la fe, el Orden para distinguir la jerarquía del sacerdocio, la Extremaunción para reparar tu debilidad y disponerte para el viaje á la vida eterna. Dispondrá su testamento, y te instituirá heredera de su cuerpo y sangre; entonces te invitará á la cena y se renovarán estos santos desposorios á que ahora te llama. *Venite ad nuptias*. Si deseas saber quién es el Esposo, es aquel Dios que no tiene principio ni fin; él es el grande y es llamado Hijo del Altísimo. Si quieres conocer sus riquezas, del mismo son el cielo, la tierra, todo cuanto existe. Si quieres saber sus perfecciones, él es el más hermoso entre los hijos de los hombres, y en sus labios está derramada la gracia; su poder es tal que sobre su voluntad soberana descansa el globo de la tierra, y sola su voz es suficiente para poner freno á las embravecidas olas del mar; nada hay que á su poder oponga resistencia. Si deseas conocer su felicidad, él no puede engañar, ni puede tampoco ser engañado; si su ciencia, él ha conocido todas las cosas antes que tuviesen el ser; si su probidad y virtud, él nunca ha pecado, y el fraude no puede jamás tener cabida en su corazón ni en su boca. Si quieres saber cuáles sean sus obras, él curará á los enfermos, dará vista á los ciegos, resucitará á los muertos, y de su persona saldrá una virtud poderosa para beneficio de todos. *Venite ad nuptias*.

De este modo, amados hermanos míos, propone el Padre Eterno los desposorios de su Hijo Unigénito con la naturaleza humana. Y si bien es verdad que se celebraron éstos con toda propiedad en la re-

dención que obró el Hijo de Dios, no lo es menos también que quedó confirmada y establecida esta alianza en aquella cena sagrada, en la que el Señor se quedó para siempre con nosotros hasta la consumación de los siglos. Y como por causa de nuestra debilidad é inconstancia podía temerse con fundamento que esta alianza no sería permanente y duradera, nos aseguró el mismo Salvador que aquel que come el pan de esta divina mesa vivirá eternamente.

¡Cuán admirables son los efectos de este prodigioso convite! Solamente el pan que bajó del cielo es el que alienta al alma: él es el pan de los Angeles, dice San Jerónimo; el pan de los fuertes, dice San Agustín. Alimentadas con este pan las almas, ya no se fatigan en el camino, no sienten el peso de la mortalidad, no hallan dificultad en subir á la montaña de la perfección, no les faltan bríos para presentarse á la lucha, ni armas con que triunfar de sus enemigos. No solamente quedan fortalecidas, sino también saciadas. *Saturati sumus*. Tienen á Jesús en su corazón, y con Jesús lo tienen todo. Ya no tienen hambre, como antes, de las cosas temporales. Comieron el pan verdadero, el cuerpo de Jesucristo, su alma, su Divinidad, su humanidad, y con este alimento preciosísimo los bienaventurados todos exclaman: Estamos saciados: *Saturati sumus*. ¡Oh! si el tiempo me permitiera confirmar esto mismo con varios prodigios! ¿Qué es lo que me diría un San Buenaventura de tantas almas que salieron de este sagrado convite llenas de consuelo, de alegría y de fortaleza? ¿Qué San Gregorio Nacianceno de tantos enfermos que se levantaron sanos y robustos tan pronto como hubieron gustado este pan divino? ¿Qué es lo que no me dirían también las vidas de tantos fieles, que con este sólo pan sustentaron por muchos días su vida corporal, como el emperador Ludovico Pio, Santa Clara, Santa Catalina de Sena y muchos otros? Pero lo que llevo dicho es ya suficiente para que admiremos, veneremos y ensalzemos la liberalidad de Dios en la sagrada Eucaristía. Y ¿cómo correspondemos nosotros á ella?

¡Ah! nada más natural que humillarnos ante la presencia de aquel á quien debemos tanta liberalidad, amarle en cuanto nos sea posible y sujetarnos en todo á su santísima voluntad. Y ¿es así como nos portamos? ¿En qué hemos empleado los años que contamos de vida? ¿Qué gracias damos á Dios por los beneficios de la creación y redención, y por el que nos ha dispensado dejándonos su cuerpo y su sangre en este sagrado convite? ¿De qué modo hemos correspondido á las grandes y repetidas finezas de este Esposo de nuestras almas? Necesario es por cierto que nos avergoncemos de nuestro comportamiento. Vil y despreciable polvo de la tierra como somos y misera-

bles gusanos, nos atrevemos á ofrecer á Dios un corazón ingrato, frío, insensible; y el amor que debiéramos profesar á Dios, lo tenemos á las criaturas, á la vanidad, á la mentira, á las cosas caducas que presto desaparecen y dejan vacías las manos y lleno de tristeza el corazón. Y ¡cuántas almas dicen con sus obras, que rehusan estos sagrados desposorios! No quieren aceptarlos porque traen consigo severas condiciones; porque sujetan las pasiones, reprimen la licencia prescriben la mortificación, y hacen dichas almas todo lo posible para excusarse de asistir á estas bodas celestiales: *Habe me excusatum*. ¿Yo, hay quien exclama, he de cargar sobre mis espaldas esta carga tan pesada, que tanto se opone á mi libertad? ¿Quién es este Esposo que propone á mi alma la negación de sí misma, que le manda cargar con la pesada cruz, que le prohíbe la satisfacción de los sentidos y que viene á canonizar la miseria y el dolor? De este modo hablan muchos cristianos con el fin de excusarse de asistir á este celestial convite: *Habe me excusatum*.

Pero entremos, hermanos míos, dentro de nosotros mismos. ¿Qué es lo que hallamos en las criaturas que con tanta fuerza nos arrastre hacia ellas y ningún caso hagamos de Jesús que se nos entrega tan generosamente en esta mesa divina? ¿Amaremos á las criaturas, y en nada tendremos al amante más fino de nuestras almas? ¿Rehusaremos acercarnos á nuestro dulce y tiernísimo bienhechor, y no querramos pactar alianza con él? ¿Qué atractivo nos arrastra hacia las criaturas? ¿Será tal vez su hermosura? Jesús es infinitamente más hermoso. ¿Serán sus palabras? Jesús es más fiel. ¿Será el gusto que hallamos en el trato y familiaridad con las mismas? Los consuelos, las delicias que experimenta un alma en amar de todo su corazón á Jesús, en ser su esposa y su humilde esclava, son incomparablemente superiores á todo cuanto hay de atractivo y gustoso en este mundo. ¿Quién pues se atreverá á decir á Jesús: No quiero estas bodas, no quiero asistir á ese convite: *Habe me excusatum*? Vosotras no, almas puras, almas abrasadas en el fuego del amor divino. Cada una de vosotras exclamará con el Apóstol: El mundo está crucificado para mí, y yo soy crucificada para el mundo: yo no quiero gloriarme sino en la cruz de Jesucristo: yo he menospreciado la opulencia terrena, los adornos, el aparato, el lujo, las delicias, las diversiones, las alegrías del siglo, por el amor de mi Señor Jesucristo, á quien he visto, á quien he amado, en quien he creído; y en quien tengo puesto mi corazón. Yo no tengo otra vida que la de Jesucristo. Morir por él es la utilidad, la ventaja, la vida verdadera. No hay cruz tan pesada que no se vuelva ligera con el amor de Jesús, ni tribulación tan amar-

ga que no se convierta en suave dulzura al llegar á esta sagrada mesa.

Estas son las disposiciones con que quiero acercarme á vos, Señor, Criador y Redentor mio. Vos sólo podéis hacer que me abrase yo en este amor: y puesto que bajasteis del cielo para encender con él á toda la tierra, dignaos hacer que también quede abrasado en él mi corazón. Pero este convite augusto, estas místicas bodas á que Vos me llamáis, son el estímulo más poderoso para atraerme á Vos; porque mi alma y mi corazón sólo anhelan vivir por Vos, sólo alegrarse en Vos. Permaneced pues Vos en mí, y permanezca yo en Vos para siempre. Permanezcan en Vos mis pensamientos, que hasta ahora se habian ido derramando en todos los vanos objetos de este mundo: permanezca en Vos mi memoria, que se había desviado del buen camino: permanezca en Vos mi voluntad, que había corrido desalada tras los falsos bienes de esta vida: permanezca en Vos mi alma toda, y quede cautiva de vuestro amor. Jamás lleguen á romperse estas preciosas cadenas; nada quiero yo sino amarnos en esta peregrinación, y amarnos después en la vida eterna.

Initiavit nobis viam novam et viventem per velamen, id est, carnem suam.

Nos abrió camino nuevo y de vida para entrar por el velo, esto es por su carne.

(HEBR. c. 10, v. 20).

Una de las principales razones por que el Verbo Divino se hizo hombre, fué sin duda para abrir á los hombres el camino del cielo, cerrado por los pecados de nuestros primeros Padres. Anduvo un camino lleno de espinas y sellado con la humildad, mortificación, paciencia y otras trabajosas virtudes. Pero antes de partir de este mundo, instituyendo la augustísima Eucaristía, nos dejó un nuevo y vivo sendero de llegar felizmente al Paraíso; como lo explicó el Apóstol San Pablo á los hebreos y lo comentó el Ángel de las escuelas: nos abrió camino nuevo y de vida, para entrar por el velo, esto es, por su carne, expuesta bajo los accidentes eucarísticos.

¿Qué es este Sacramento, amados hermanos míos, sino la prenda más segura de la santidad para el hombre, por la íntima unión que adquiere con Dios? ¿Es posible que entrando en un corazón humano toda la divinidad y humanidad de un Dios, no lo santifique de un golpe? ¿qué no le haga experimentar la actividad de sus atributos y

que en cierto modo no lo divinice? Apenas encuentra el sol una nube, cuando toda la reviste con sus rayos, toda la dora con sus resplandores, hasta hacerla parecer casi otro sol. ¿Y podrá este Divino Sol Sacramentado, no visto solamente del hombre, sino unido á él estrechamente y recibido en el íntimo de su corazón, dejar de comunicarle todos los efectos de sus divinas perfecciones? Si el anciano Simeón nada echa ya de menos sólo por haber visto al niño Jesús, ¿qué hará Dios en este Sacramento, donde no sólo es visto, sino íntimamente albergado en el corazón del hombre? Yo sólo sé decir con San Cirilo, que la humanidad de Cristo, por estar unida con el Verbo, que es la misma vida tiene la virtud de resucitar al alma. Para hacer revivir la hija del Príncipe de la Sinagoga, la toma el Señor por la mano, y vedla ya en pie. Para resucitar al hijo de la viuda de Naim, toca su rostro con la mano, y ved ahí que está vivo ya. ¡Qué prodigio! Si el contacto, si una mano de Cristo, argumenta el citado Padre, basta á resucitar en un momento los cadáveres, ¿qué hará, en el hombre, no una mano, sino el cuerpo entero del mismo Jesucristo, no con un toque pasajero, sino con una larga, firme é íntima demora? ¿Te parece posible que al instante no le resucite con su gracia, que no lo colme de sus bendiciones, y no lo trueque en un hombre poco menos que divino?

Tanta verdad es que el Señor en este Sacramento dispensa juntamente al hombre todas aquellas gracias que reparte en todos los otros Sacramentos, y le enseña en compendio rápidamente todos los preceptos de la perfección evangélica. Cuando en los demás Sacramentos la gracia se ordena á perfeccionar alguna particular virtud ó á preservar de algún particular vicio, la Eucaristía es instituida para enriquecer al hombre de todas las virtudes, y para corregir en él todas sus mal nacidas pasiones. Celébrase cuanto quiera el dicho de Séneca, aprobado por la experiencia: «que el camino más corto para poseer las ciencias no es el de los preceptos que se aprenden de oído, sino el de los ejemplos que se ven con los propios ojos;» que yo no me apartaré de este Sacramento para verlo confirmado. Levantaré los ojos hacia él, y leeré en un punto todos los ejemplos de la virtud cristiana que me ha enseñado mi Divino Maestro. En los ázimos consagrados repararé la pureza; en la amorosa estrechez del Tabernáculo la paciencia; la dignación que usa con los más viles del mundo, la caridad para con el prójimo, la prontitud con que desciende á las manos del Sacerdote. En suma, como los que estaban mordidos de la serpiente, quedaban enteramente sanos con sólo mirar la de bronce erigida por Moisés, cualquiera enfermo de sus pasio-

nes puede con la Eucaristía curar de sus espirituales dolencias, y convertirse de soberbio en humilde, de furioso en pacífico, de incontinente en puro, de cautivo en libre y sano. ¡Prodigiosos efectos de este Sacramento! ¡Senda de santidad! ¡Camino el más breve para el cielo!

Ea pues, alma mía, ¿qué es lo que te detiene de correr por esta senda de santidad? ¿Acaso el apego á las cosas terrenas, la tibieza y frialdad, el olvido de los beneficios incomprensibles de Dios? Rompe de una vez los lazos que te aprisionen á los bienes del mundo, y empieza á arrastrar con gusto las cadenas de una esclavitud amorosa bajo el imperio de tu Dios y Señor. Si con tanta precipitación has corrido los caminos de la iniquidad hasta llegar al borde del precipicio, ¿por qué no los has de dejar regados con las lágrimas de un arrepentimiento sincero y verdadero? ¿Por qué...? Pero suspende tus clamores, alma mía. Tu Dios ha olvidado ya tus errores, y te espera ansiosamente á este celestial banquete. Ven corriendo, acércate á él: míralo qué manso, qué dulce, qué amoroso te espera: observa: recíbele; pero dile primero con el Profeta: Preparado está, sí, preparado está mi corazón para recibirlo. He extinguido ya las llamas del amor propio, he borrado las semillas de la vanidad y de la soberbia. Vuestro soy con todo cuanto puedo y valgo. Y si tal vez han quedado en mí algunas reliquias de mi pasada prevaricación, borrádmelas, Dios mío; yo os protesto que mi resolución es de seguirlos constantemente por esta senda que me trazáis por vuestro divino Sacramento, que ella es la más breve para gozaros en el cielo. *Amén.*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

ORIGEN DE ESTA DEVOCIÓN

Unus militum lancea latus ejus aperuit.

Uno de los soldados abrió su costado con una lanza.

(S. JUAN, c. 19, v. 24).

No sólo diferentes, hermanos míos, sino diametralmente opuestos son los caminos de Dios y los de los hombres. Estos llevan hasta el extremo su odio contra el Ungido del Señor; aquél despliega las inmensas velas de su caridad en beneficio de los hombres: éstos, monstruos de ingratitud y fiereza, no contentos con dar la muerte al Autor de su vida, ejercen su inhumanidad en el adorable cadáver del Salvador, atravesando su costado con una lanza; aquél portento de amor, no satisfecho con ofrecer el sacrificio de su vida por los ejecutores de su muerte, lleva más adelante sus padecimientos y su caridad, y dilata la llaga de su costado, para franquearnos á todos la entrada hasta lo más íntimo de su corazón.

¡Oh cristianos! ¿es posible que á vista de ese abismo insondable de amor nos resistamos todavía á ofrecerle el sacrificio de nuestros corazones? Pero es tal nuestra miseria, que como si no existiéramos con otro objeto que para cubrir de oprobio á la naturaleza, correspondemos por lo general á las finezas del amor divino con el más insolente menosprecio de un Dios que así nos ama; es tal nuestra ceguera y locura que, á pesar de ver la generosidad con que todos los días se sacrifica por nosotros en el más adorable Sacramento, tenemos la osadía sacrilega, no sólo de reproducir en él todas las ignominias de la pasión y la crueldad de la muerte, sino de atravesar inhumanos su sacratísimo pecho con la frecuente repetición de nuestros pecados. ¡Imprudentes! ¿podremos hallar una excusa razonable á nuestro enorme crimen? El Salvador constituido en las agonias,

¿tratará de disculparnos diciendo a su Eterno Padre que ignoramos lo que hacemos? ¿podrá compadecerse de nuestra miseria? ¡Ah! si; no puede menos de compadecerse, porque no puede dejar de amar-nos. Y ¿cómo es posible resistir el atractivo de tan inmenso amor?

Almas devotas, ¿no veis reproducido el milagro que se obró por vuestro amor en el Calvario? ¿no veis brotar del corazón amante de Jesús una fuente inagotable de gracias y bendiciones? ¿no veis allí ese nuevo saludable baño, en que se purifican, se fortalecen vuestras almas; ese voraz fuego de la caridad, en que se inflaman por el celo de la honra de Dios, hasta el punto de querer reparar por sí solas cuantos agravios le infieren todos los mortales? Oídmе, os ruego, con atención, porque no pretendo más que persuadiros de estas verdades, y fomentar en vosotros estos afectos en el presente discurso, en que voy á recordaros la institución del culto que se ofrece al sagrado corazón de Jesús.

Grandes frutos debéis esperar del cabal desempeño de este asunto; pero ya conoceréis que no pueden ser obra de mi tibieza ó ignorancia, y si sólo de la gracia del Señor omnipotente. En tal caso, pedídsela con humildad por el sacratísimo corazón de su Hijo y por la mediación de su Madre purísima. *Ave María.*

Entre las horrosas tentativas que ha sugerido el infierno para combatir la religión y vulnerar el honor de Jesucristo, no obtienen el último lugar las que ha hecho dirigir contra el adorable Sacramento de nuestros altares. El judío, el mahometano, el hereje sacramentario, el ateo, el cristiano pervertido... terribles enemigos de este Dios humanado, muerto y sacramentado por vuestro amor! ¿En qué pudo ofenderos? ¡Ay! el corazón más tibio se horroriza al acordarse de las abominaciones que ni aun se atreven á proferir mis labios, y se siente inflamar, al contemplar la mansedumbre, la infinita bondad de un Dios omnipotente, que pudiendo, sin la menor resistencia acabar en un solo instante con todos sus enemigos, les dispensa cada vez mayores finezas, les abre de nuevo su corazón, les manifiesta todo el lleno de su caridad, los atrae con vínculos más deliciosos, y derrama sobre ellos en copiosos raudales los tesoros de su beneficencia. El Señor, repito, abre de nuevo su corazón á los mortales, inspirándoles hacia él la más tierna devoción. Qué! ¿lo dudáis? ¡Habrá, por ventura, entre nosotros quien aludino con la moderna ilustración de una filosofía irreligiosa, pretenda desechiar como quimera de una imaginación preocupada esta práctica, de tanta gloria para Dios y de tanto interés para los cristianos?

Previendo este inconveniente la Sabiduría infinita, permitió que las almas imbuidas en las máximas del mundo opusieran en su principio la más vigorosa resistencia á este piadoso instituto; determinó que la religión y la piedad objetaran con un tesón, al parecer excesivo, presentando toda clase de razones y valiéndose de cuantos medios estaban á su alcance, para sofocarlo en la cuna; dió facultades al infierno para maltratar con la misma fiera con que fué probada la virtud del paciente Job, á una persona incomparablemente más débil por su sexo y compleción; se valió de la autoridad y precepto expreso de los superiores que lo impiden con la mayor severidad, y del consentimiento casi unánime de los directores y maestros espirituales que lo reprueban: dispuso todo esto para conseguir mejor sus adorables desiguos. Así es; una sola joven, ciega observadora de la obediencia, una sola religiosa, desconocida fuera de su convento, despreciada, insultada, perseguida de cuantos la conocen, la venerable Margarita, supera todas las dificultades, logra convencer y persuadir á los más obstinados en oponérsele; por cuyo medio la devoción triunfa, se dilata, es aprobada por los pastores de la Iglesia, engrandecida por los soberanos pontífices y practicada en todo el orbe cristiano. En menos de treinta años se habían ya erigido, con aprobación de los obispos y de su jefe universal, más de trescientas congregaciones en Francia, Alemania, Polonia, Flandes, Italia, las Indias, la China. Los sumos pontífices Inocencio XII, Clemente XI, Inocencio XIII y Benedicto XIII, le franquearon el tesoro de las indulgencias. Todos los reinos, todas las corporaciones, todos los individuos del cristianismo desean con ansia, apenas la conocen, ser agregados á ella; y lo más extraño es que la fomentan con más eficacia y la practican con mayor entusiasmo las mismas personas, que no conociendo su origen divino, la habían perseguido con mayor tenacidad: prueba evidente de que la Providencia dirige sus dudas, como la de Santo Tomás apóstol, para manifestar al mundo que la voluntad expresa del Señor era ser glorificado por medio de esta devoción.

Estas dudas hicieron examinar escrupulosamente, y ver cumplidas con la mayor exactitud innumerables profecias que llevaban consigo el carácter de la Divinidad. Tal era la del inimitable San Francisco de Sales, Colombiere, y las que tantas veces se hicieron á la heroica Margarita Alaouque. Por este medio se palparon numerosos y estupendos milagros, que no pudo recusar la crítica más severa; por este medio se hizo pública la aprobación del oficio eclesiástico del corazón sagrado de Maria, como el de su divino Hijo, hecha por tres vicarios apostólicos, dos arzobispos y doce obispos; por este me-

dio fueron atraídos a esta devoción todos los hombres verdaderamente grandes de aquel tiempo, y se averiguó haber sido antes aplaudida y practicada por San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Sena, Santa Matilde, Santa Gertrudis, Santa Clara y por una multitud de santos, que enriquecieron extraordinariamente sus almas con los tesoros espirituales que á todas horas hallaban en ella; por este medio se hizo evidente el cumplimiento de tantas, tan singulares, tan interesantes promesas como son las que el Señor había hecho á los devotos de su santísimo corazón. ¡Promesas consoladoras y atractivas! ellas aseguran al pecador la penitencia, el fervor al tibia y la perfección al fervoroso; ellas aseguran al sacerdote el fruto de su ministerio y al lego el de su devoción; ellas aseguran al religioso y al seglar, al sano y al enfermo, á los cristianos de todos los estados y condiciones la tranquilidad de sus almas, la paz para sus familias, el alivio y consuelo en sus trabajos, la bendición del cielo en todas sus empresas, un refugio seguro en todas las necesidades de la vida, y una especial asistencia en el momento terrible de la muerte: ellas... ¡oh! ¡con qué gusto me detendría á referir las promesas con que el Señor sostuvo, fortaleció, hizo triunfar á la heroica promotora de esta devoción en medio de tantas y tan terribles contradicciones! Mas no pudiéndose admitir esta dilación en los límites de un breve discurso, las compendiaré todas en una que por sí sola es suficiente para inspirar la más segura confianza á todos los cristianos, especialmente á los amantes de esta devoción. *Sólo te podrá faltar*, dijo el Señor á la que tanto anhelaba por extender el culto de los sagrados corazones, *sólo te podrá faltar la protección del cielo, cuando carezca de poder el Omnipotente.* ¿Pudierais llevar más adelante vuestros deseos? ¿O podréis temer que sean unas promesas tan vanas como lisonjeras, por las que se ofrece tanto más de lo que podríais pensar vosotros? Pero, ¿qué fué pues lo que motivó este cambio de ideas? ¿Quién transformó en promotores eficacísimos del nuevo instituto á los mismos que le habían hecho constantemente la guerra más obstinada? ¿Quién sino los grandes prodigios que vieron obrados por su medio? Conversiones de pecadores, anunciadas con anticipación y realizadas por los medios más extraordinarios; curaciones repentinas de enfermedades jurídicamente declaradas incurables; el cruel azote de la peste levantado de las numerosas poblaciones, que estaban ya para desaparecer del globo... Mas ¿qué necesidad hay de detenernos á referir individualmente los prodigios que deponen unánimes tantos y tan irrecusables testigos? Si la orla del vestido de Jesucristo, si una pequeña porción de la cruz, de las espinas y de los clavos, si la sola

imagen de aquel rostro divino, si las menores reliquias de los santos, si la sombra que hacia el cuerpo de San Pedro han obrado tantas maravillas; ¿qué milagros parecerán, no digo imposibles, pero ni aun difíciles al corazón sacrosanto de un Hombre-Dios? Si una sola gota de sangre es más que suficiente para redimir á todo el universo, ¿qué dificultades podrán oponer la naturaleza y el infierno á la fuente de aquella sangre divina? ¿Acaso interesará más al Señor mirar por el honor y culto de los santos, que tal vez fueron un tiempo insignes pecadores, que promover la propia gloria, la gloria del Santo de los santos; aquella gloria que costó al Omnipotente el abatimiento de su majestad y grandeza, la efusión de toda su sangre, el sacrificio de su misma vida? Si la vista sola de una pequeña parte de la tierra que regó con su sangre, que santificó con sus plantas el Salvador, excita una tierna devoción, por la que se hacen acreedores los cristianos á los prodigios de la Omnipotencia, ¿cuál será la devoción, cuál la confianza, cuáles los afectos, qué activo el fuego del amor, que encienda la presencia del corazón amantísimo de Jesús? ¡Oh! aquí faltan las palabras; de nada pueden servir los adornos de la elocuencia; ni la naturaleza ni el arte tienen colores para pintar este cuadro embelesador. Lo experimenta el alma; pero es del todo imposible que lo declare la lengua.

A vuestro juicio apelo, almas contemplativas; ¿qué es lo que sentís, cuando enteramente desprendidas del mundo, recogidas en el interior de vuestro corazón, conversando familiarmente con el Rey soberano de los cielos, miráis con solicitud el corazón divino de Jesús, lo veis rodeado de unas voraces llamas, que sin cesar le están abrasando sin consumirlo nunca; coronado de aquellas penetrantes espinas que lo atraviesan con la más deliciosa crueldad; grabada en él la cruz, teatro afrentoso de sus ignominias y origen de toda vuestra gloria; inmensamente dilatada la puerta que en él abrió la lanza del amor, para recibirlos á vosotros, que fuisteis la causa de todos sus tormentos? No es posible mirarlo sin enternecerse; no es posible ver atravesado por nuestro amor el sacratísimo corazón de Jesucristo, sin que nos sintamos inclinados á abrir de par en par el nuestro á las inspiraciones de la gracia y á los impulsos de la caridad; no es posible ver tan humillado y abatido á aquel Señor Omnipotente, sin reprobar y abatir el hombre su orgullo.

¡Ay, cristianos! ¡cuánto aprenderíamos, si tratáramos de estudiar en aquella sagrada cátedra! ¡qué lecciones tan edificantes! qué exhortaciones tan eficaces nos dirige el Señor desde ella! A mi me parece oírle decir: «He ahí la obra de vuestra soberbia y de mi humildad,

de mi amor y de vuestra ingratitud; así, así me atormentan los sacrilegos y profanadores; cada nuevo desprecio que me hacen los hombres, á quienes yo he redimido á costa de mi sangre y de mi vida, introduce más allá la lanza que atraviesa mi tierno corazón y, sin embargo, no es suficiente á ahogar la ardiente llama del amor que lo devora. *Venid, venid á mí todos los que os halláis oprimidos y necesitados, que aquí tenéis el alivio y el remedio... aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.* Ved aquí cuánto vale la gloria de Dios y cuán caro cuesta el rescate de las almas pecadoras: aquí, sólo aquí podéis conocer hasta dónde llegan mi amor y caridad.»

Sería por cierto temerario empeño tratar de referir los tiernos coloquios de Dios con el justo, siendo yo un pecador miserable tan indigno de oírlos: en mis labios se desfiguraría, perdería toda su fuerza la descripción de las deliciosas lágrimas que derraman en la presencia del Señor los que tienen la dicha incomparable de experimentar semejantes gracias; el implacable odio que conciben á la culpa, los afectos de humildad y devoción, el amor de Dios, el celo por su gloria, la caridad al prójimo y el anhelo por su felicidad de que se sienten penetrados. De aquí esas prácticas en que se ejercitan sobreponiéndose á todas las censuras del mundo; de aquí ese solemne culto, esa respetuosa adoración que dan á Jesús Sacramentado con el piadoso fin de promover su gloria más aun, si les fuera posible, de lo que le ultrajan los indignos pecadores; de aquí esa frecuencia de sacramentos, que no pueden menos de admirar y elogiar interiormente los mismos que tanto la critican en presencia de los compañeros de su impiedad; de aquí ese amor entrañable que profesan á sus hermanos, y que les hace lamentar sus males, compadecerse de sus miserias, visitarlos, consolarlos, proporcionarles todo género de alivios en sus dolencias y enfermedades; de aquí...

No quiero seros molesto. Por las entrañas de Jesucristo, por su amorosísimo corazón, y, si queréis, por el de su santa Madre, huid, os ruego, de toda afectación en vuestras devociones, amados míos, no deis parte al amor propio en vuestras obras de misericordia; estudiad incesantemente en ese augusto libro del divino corazón; obrad con arreglo á los sentimientos que él os inspire, y pedidle con eficacia, con humildad y confianza el remedio de tantos males como nos aquejan, y de otros no menos graves que nos amenazan. Vuestra devoción, instituida precisamente cuando daban principio las guerras más impías contra la religión, es un firmísimo escudo con que el Señor quiere defender á ésta de los tiros de sus encarnizados enemigos: vuestra devoción ha contenido el brazo de la justicia infinita,

levantado ya contra nosotros para sepultarnos entre las ruinas de los templos y de los imperios; y esta nación toda agradecida á tan singular favor, se acoge con ansia á su abrigo y protección. Bendecid, pues, al Señor; que determina engrandecerla por unos medios tan opuestos al parecer; opond la constancia de vuestra religión á la impiedad de los ateos; dad gloria á Dios, para que envíe sobre vosotros su bendición: pedidle la conservación y propagación del catolicismo, la tranquilidad para su Iglesia, la paz para sus estados, la conversión para todos los pecadores, la perseverancia para todos los justos y la gloria para todos los mortales. *Amén.*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

OBJETO DE ESTA DEVOCIÓN

Improprium expectavi cor meum et miseriam, et sustinui, qui simul contristaretur et non fuit, qui consolaretur et non invenit.

MI corazón esperó el improperio y la miseria, y esperé que alguno se contristara conmigo y no le hubo, y quien me consolara y no le hallé.

[PSALM. LXVIII, 21].

Diez siglos contaba de existencia la religión de Jesucristo hermanos míos, sin que hubiese sido perturbada la paz con que creía y de la que gozaba su Iglesia acerca la fe del Sacramento del altar. Las Escrituras sagradas, la tradición apostólica, la confesión uniforme de todos los santos Padres y la fe extendida por todos los fieles, no dejaban lugar á temer algún error contra este inefable misterio del amor inmenso de nuestro Salvador Jesús.

En el siglo x empezó y con más furor en el xv apareció un torrente de herejes empeñados en destruir la fe del único sacrificio y el mayor Sacramento de nuestra religión.

Á este impío designio dirigian también sus ocultos conatos algunos falsos místicos que pretendian que debía contemplarse solamente la espiritualidad de Dios, excluyendo de nuestra meditación la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Todos los errores que tendian á borrar la fe y destruir la adoración del Sacramento adorable de la Eucaristía, y el empeño también con que procuraban los llamados Jansenistas apartar á las almas de la frecuente comunión, con el pretexto de que la recibiesen con más temor y preparación, atrajeron sobre el Sacramento de nuestros altares un diluvio de profanaciones, sacrilegios y abominaciones que no es posible referir. Los cristianos verdaderos y fieles lloraban llenos de dolor, así el desvío, la tibieza y frialdad de los mismos cristianos, como las blasfemias y sacrilegos insultos de los herejes. Contemplaban la imponderable ingratitud de los unos, y el ciego furor de los otros contra el misterio que era la obra del amor y la sabiduría omnipotente de un Dios-Hombre. Consideraban el íntimo dolor que, hablando según el modo humano, sentiría el corazón ó el alma de Jesucristo al verse tan mal correspondido de aquellos mismos á quienes habia sentado á su mesa para alimentarlos con su cuerpo y con su sangre, y estas consideraciones causaban en aquellas almas un dolor semejante. Les parecía oír al mismo Jesús decir lo que antes habia dicho de él el real Profeta: «Mi corazón esperó el impropio y la miseria, y esperé que alguno se »contrastara conmigo y no le hubo, y quien me consolara y no le »hallé;» y en vista de estas quejas amorosas de nuestro Salvador comenzó á despertarse en las almas sensibles y piadosas la contemplación de las injurias é ingratitudes que llovian sobre el amante corazón de Jesús. Estos santos y nobles sentimientos los extendian é inflamaban los discípulos y discípulas de San Francisco de Sales, fundándose no sólo en revelaciones privadas y en lo que el Señor se dignaba manifestar á su sierva sor Margarita María Alacoque, religiosa de la Visitación del monasterio de Paroy, en el ducado de Borgoña, á quien destinó el Señor para dar á conocer al mundo la devoción al corazón sagrado de Jesús, sino también en la doctrina segura y la piedad sólida del santo Obispo, su maestro y fundador.

Jamás ha habido en la Iglesia otra devoción que haya sido en verdad tan combatida y tan probada como ésta. Tuvo tan grandes protectores, como detractores y enemigos por el espacio de un siglo entero. Y cómo no habian de oponerse á que se uniesen los fieles á consolar á Jesús de los impropios que sufría en el Sacramento del altar los que querían borrar la fe de este Sacramento y los que no querían que se contemplase jamás la humanidad de Jesucristo y su

pasión, ni los ultrajes que recibió en la cruz y que recibe en la hostia pacífica del misterio de su cuerpo y de su sangre? El Señor lo dispuso, y así ha sucedido. A pesar de los esfuerzos y obstáculos de todo género; á pesar de la crítica maligna de enemigos poderosos, creció el celo de los amantes de Jesús por honrar á su corazón y desagraviarle, dándole mayor culto que agravios pudiera acumular la impiedad contra las finezas de su amor en el Sacramento. La Iglesia, en fin, aprobó solemnemente esta devoción, y destinó un día para honrar con oficio y misa propia al sagrado corazón de Jesús, y ha dado no sólo su aprobación á las muchas confraternidades y esclavitudes que por toda la cristiandad se han erigido bajo el título del sagrado corazón de Jesús, sino que ha franqueado en beneficio suyo sus tesoros, concediendo innumerables indulgencias y gracias. Hoy nos reunimos á honrar y ofrecer nuestros cultos y nuestros consuelos á ese divino corazón, nos gloriamos de estar asociados en su nombre y de pertenecerle, somos sus devotos, y en elogio de este mismo corazón y aprovechamiento nuestro voy á manifestaros el objeto de la devoción al sagrado corazón de Jesús y su utilidad.

Inflamad mi corazón en el incendio divino en que arde el vuestro, dulce Jesús, para que yo logre que todos os amen y sean vuestros verdaderos devotos. Dadnos vuestra gracia por la intercesión de vuestra Madre. *Ave María.*

No tiene por qué embarzarse el cristiano, hermanos míos, cuando se trata del objeto de la devoción al corazón sagrado de Jesús. El cristiano sencillo y enemigo de rodeos, sabe y dice con seguridad que el objeto á que se ordena el culto que se da al corazón de Jesús, es el mismo Jesús según su divinidad y humanidad, y según que mira y juzga su alma ó su corazón las injurias que hacen los hombres inicuos á la mayor obra de su amor. Así, dice el angelico doctor Santo Tomás, son adorables con culto de latria todas y cada una de las partes de la santa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, sea el pie, la mano, la cabeza, el costado. El objeto principal de este culto no es otro que la persona de Jesucristo según que consta de su divinidad y humanidad. El que besa ó adora los pies de Jesucristo crucificado ¿á qué otro objeto dirige su devoción sino al mismo Jesús? ¿A qué otro objeto tiende el que besa sus rodillas ó alguna de sus llagas? Si jamás se ha entendido entre los cristianos que hubiese otro objeto en la adoración del pie, la mano ó cualquiera otra parte de Jesucristo, que el mismo Jesucristo, que se significa bien en cualquiera de dichas partes, ¿no se entenderá también y se significará

lo mismo con su corazón? ¿A qué perderse en preguntas odiosas de si es el corazón separado ó unido, si es el corazón físico ó simbólico? Todo y de todos modos es adorable y en todo es adorado Jesucristo. El mismo nos da á conocer su persona por su corazón. Mi corazón esperó el improperio y la miseria, nos dice en boca del Profeta rey; y si esperó su corazón esperó su alma, su divinidad, toda su persona.

Confesemos sinceramente que el término último á que se ordena la devoción al corazón de Jesús y sus ejercicios no es puramente el corazón físico de Jesús, aunque adorable con culto de latria como la persona de Jesucristo, sino como lugar ó asiento donde creemos racionalmente que pasan los más finos sentimientos de amor y de la ingratitud, con que no solamente los infieles y herejes, sino también los cristianos respondemos á los beneficios infinitos que Jesucristo nos hace en el Sacramento del altar.

No solamente contemplamos aquí las injurias atroces que los herejes y apóstatas de nuestra religión han hecho y hacen cada día al Sacramento de la carne y la sangre de Jesucristo, sino que juntamos á éstas las que añaden los cristianos de puro nombre, y que sumergidos en sus malas costumbres, en sus ocasiones próximas, en sus usuras, tratos ilícitos y demás vicios se llegan al altar y le reciben sacrilegamente como Judas. Contemplamos también la indiferencia y tibieza de tantos otros fieles, que aunque no se lleguen á recibir este Sacramento en pecado, llegan obligados del precepto, fríos, con poca fe y sin aquel fervor y santas disposiciones que pide un beneficio tan grande.

Jesucristo, que vino á poner fuego á la tierra y que nada desca tanto como el que se enciendan en este fuego del amor divino las voluntades y los corazones de todos, ¿qué desagrado tan indecible deberá sentir al ver con su admirable y penetrante ciencia la insensibilidad de unos, la tibieza de otros, el menosprecio de éstos, el odio infernal de aquéllos contra el Sacramento de su cuerpo, en el que dejó este fuego sagrado, poderoso y eficaz para encenderlo todo? Si el Señor fuera susceptible de alguna pasión, de dolor ó de pena, sería mayor ésta que todas las penas del infierno, por ver menospreciado de esta suerte todo su amor por nosotros, y todos sus esfuerzos que su infinito poder y sabiduría puso en este misterio para santificarnos y hacernos infinitamente dichosos. Pero aunque nuestro divino Salvador no sea ya capaz de dolor, ni pasible por su divinidad é inmortalidad, es intolerable en nosotros el querer ser insensibles por nuestra malicia. Si, como nos dice el Apóstol, debemos suplir en

nosotros las pasiones que faltaban cumplir á Jesucristo en su cuerpo y en su alma, conoceremos que mal suplimos en nuestro corazón las pasiones que ya no puede Jesucristo padecer en el suyo ni en su cuerpo, y que por esta falta venimos á hacernos un objeto casi tan desagradable para Jesucristo como los mismos que le aborrecen y ultrajan. Como estas pasiones se sienten de ordinario en el corazón, porque allí hierve la sangre con el celo, ya de la honra propia, ó de la de nuestros amigos, nos aproximamos por esto al corazón, y le tomamos por señal, y por la parte principalmente herida y sensible de estas pasiones.

No es, pues, el objeto de la devoción al sagrado corazón de Jesús adorar solamente la carne ni todo el corazón de Jesús, sino principalmente condolerse de las injurias que todo Jesucristo recibe en el Sacramento del altar, y que deben hacer, á nuestro modo de sentir, una herida insondable y causar un dolor inmenso en su santísimo corazón.

¿Y habrá algún cristiano que conozca á Jesucristo, y le ame algún tanto, que tenga por inútil y superfluo tan importante y admirable objeto? ¿Y no será del agrado de Jesucristo sentir sus ultrajes en un tiempo en que, resfriada en tanto grado la caridad y piedad, no se halla en los cristianos sino la frialdad, el endurecimiento, la indolencia y la insensibilidad á las voces de Dios, de la religión y aun de la razón; en un tiempo en que tanto se han multiplicado los enemigos de Jesús y de su venerable Sacramento? Pues á escuchar las quejas y sentimientos de Jesús y condolerse con él, es á lo que se reúnen los adoradores del corazón de Jesús. ¿No deberán unirse á este objeto todos los cristianos y lavar con sus lágrimas no solamente los pecados propios, sino los de tantos pecadores sacrilegos que manchan el tabernáculo de Dios y derriban su santuario?

El real Profeta, después de hacernos una relación del estado de desolación, abatimiento y tristeza de Jesucristo y de su aflicción y dolor, nos pinta la pasmosa ingratitud de los hombres y aun de sus escogidos, y por eso nos dice en el salmo LXVIII en boca de Jesucristo: Mi corazón esperó el improperio y la miseria, y aguardé que alguno se contristara conmigo y no le hallé, y quien me consolara y no lo hubo. Esta es la hiel más amarga que he bebido, y el vinagre más acerbo que pude gustar en mi sed. Y á la verdad, no hay dolor igual para un corazón noble y sencillo, que ver hechos insensibles é indolentes á aquellos por quienes padece. Volví la consideración hacia otro lado, decía el Eclesiastés, y vi que entre las mayores y más graves calamidades que suceden debajo del sol, no había otra mayor

que no aparezca consolador algún para las lágrimas y la opresión de los inocentes; y por tanto tuve por más dichosos á los muertos que á los vivos, y más que á unos y á otros á aquellos que nunca nacieron. Entre los delitos que cometieron contra José sus hermanos, el que se pondera más es el haberse ellos sentado á comer sobre la boca de la cisterna donde le acababan de echar sin compadecerse de él. No hay pena que no se endulce cuando hay quien consuele, dice San Juan Crisóstomo. Por esto no hubo trabajo que abatiese más el corazón de Jesucristo, que esta indolencia de los hombres, y por eso los amenaza con penas crueles. Su mesa, sigue hablando el divino corazón en el salmo propuesto, será para ellos un lazo de escándalo, su morada quedará desierta, y no habrá quien habite en sus tabernáculos. Sus ojos serán oscurecidos para que no vean; serán borrados de la tierra de los vivientes, y sus nombres no se escribirán con los de los justos. Estas y otras execraciones terribles pronunció el corazón de Jesús contra los indolentes que no consideran su impropio y su miseria, y no le consuelan ni se compadecen de él. Y si el mismo Jesucristo pronunció en su Evangelio sentencia de fuego eterno sobre los que no ejercieren las obras de misericordia, visitar al enfermo, dar de comer al hambriento, consolar al triste y demás; ¿qué suplicio será bastante para el hombre duro é insensible que no consuela en su tribulación al corazón de su Criador y Salvador? Por lo tanto, dice San Bernardo, acerquémonos al corazón de Jesús, porque si los que se alejan de él serán escritos en la tierra, los que nos acercaremos tendremos nuestros nombres escritos en los cielos.

No es otro, pues, el objeto de la devoción al sagrado corazón de Jesús: considerar las injurias y desacatos que sufre en el Sacramento de su amor: llegarse á él para consolarle con esta compasión, y no ser envueltos en la maldición de aquellos que se alejan de él y que por lo mismo son borrados de la tierra de los vivientes.

Dirán los enemigos de esta devoción, que para esto se da culto y se han establecido las fiestas y las cofradías en honor del santísimo Sacramento; que éstas no tienen otro objeto que desagaviar públicamente á Jesucristo de los ultrajes de su pasión y de los que sufre por parte de los herejes y pecadores, y que por lo menos es superfluo el culto del santísimo corazón de Jesús. Verdad es que el culto del santísimo Sacramento, las procesiones solemnes en que con tanto aparato y ostentación es llevado por las plazas y calles de las ciudades y pueblos, son un triunfo solemne que le ha consagrado la religión en desprecio del oprobio con que le trataron y le tratan sus enemigos. Sin embargo, digo, que después de todo esto tiene lugar la

necesidad y utilidad de la devoción al santísimo corazón de Jesús, y que todavía está por satisfacer aquella queja de Jesús: *Improprium expectavit cor meum.*

Mi corazón esperó verse cubierto de impropio y miseria, y busqué alguno que se contrastase juntamente conmigo y no le hubo, ó que alguno me consolase, y no le hallé. Para inteligencia de este asunto debemos tener presente que en todos los pecados podemos considerar y llorar dos cosas distintas: una, la desgracia de los pecadores que los cometen; otra, el agravio y el desprecio de Dios contra quien se cometen. El mismo Jesucristo en su pasión nos hizo advertir esta diferencia, cuando volviéndose á las mujeres piadosas que lloraban al verle les dijo: Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre mí, sino sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Llórese enhorabuena la muerte y pasión del Hijo del hombre, dice San Agustín; pero llórense principalmente las culpas por las que el Hijo del hombre llora y padece esa muerte. Ambas cosas son dignas de lágrimas; y si los dolores de la pasión, la muerte y los ultrajes que recibe en el augusto misterio de la cena los compadecen y desagavian los que veneran y honran con sus cultos al augusto Sacramento, lo que se proponen considerar y llorar los que honran y adoran al corazón de Jesús, es propiamente aquello por lo que se contrista y alige el mismo divino corazón. Esto es, la infelicidad de los pecadores, en quienes por su propia malicia se pierde el fruto de la muerte y pasión de Jesús. Esto es lo que contristaba al corazón de Jesús, y en lo que no halló quien se contristara con él. Los discípulos, la Magdalena y demás almas piadosas lloraban y se dolían carnalmente de la pérdida de una vida mortal, y Jesús quería que su tristeza y dolor mirase á aquellos ciegos que quitaban la vida al Médico que venía á sanarlos. En esto procuran acompañar á Jesús los que honran á su santísimo corazón, en dolerse con él de los extravíos y la pérdida de los hombres.

Ahora bien, hermanos míos, ¿necesitaré ya detenerme á manifestar la utilidad de esta devoción tan conforme con los sentimientos de Jesucristo y tan del agrado de Dios? Os diré con el venerable Padre Fray Luis de Granada, fundado en el capítulo IX de Ezequiel y el VII del Apocalipsis, que el llorar los pecados públicos del reino y todos los que se cometen en la Iglesia es una señal de predestinación. Os diré que el que considere y sienta los ultrajes, injurias y desaires que hacen al corazón de Jesús los pecados ajenos, no podrá menos de sentir el dolor de sus pecados propios; que cuando sintamos que nuestro celo se mueve contra los profanadores del Señor y el Sacramento de sus altares, si mirando las profanaciones y culpas ajenas nos ha-

¡láremos comprendidos en el motín y rebelión contra Jesús, que tal vez hemos levantado las señales de guerra, ó que vamos siguiendo voluntariamente las banderas de sus enemigos; no podremos tardar en arrepentirnos y decir como Job acusándonos á nosotros mismos: *¿Peccavi, quid faciam tibi, ó custos hominum?* Os diré con San Pedro Damiano: que en el corazón de Jesús hallamos las medicinas más específicas para todas nuestras dolencias; que en él se hallan todos los tesoros, como dice San Bernardo. Os diré que el hielo mortal que congela los corazones de los pecadores, la sequedad que no admite unión alguna, la rigidez que no cede á la compunción, y la insensibilidad que no los deja dolerse ni de sus males ni de los ajenos, todo desaparece acercándose al ardiente corazón de Jesús; no hay quien se esconda de su calor; sus eloquios son de fuego, y el cristiano que se aplica á oírlos dirá como la esposa de los Cantares: Mi alma se ha derretido desde que el esposo le habló. Os diré que el corazón de Jesús es como una cera derretida, y no puede acercársele corazón alguno por duro que sea que no se derrita y se inllame con su divino fuego. Os diré que acercándonos al divino corazón de Jesús oiremos y hallaremos que nos trata con la dulzura que recibió y habló á la Magdalena; con la bondad que trató á la mujer sorprendida en adulterio; con la afabilidad que habló á la Samaritana, á la Cananea, á Pedro, al Centurión y al mismo Judas; porque su corazón todo es mansedumbre, bondad y misericordia.

Frecuentad esta devoción, honrad y venerad al santísimo corazón de Jesús, y con sus tesoros no tardaréis en enriquecer vuestras almas; doleos con él de los improprios y miserias de los hombres, empezando por las vuestras; acercaos á él, y el fuego del amor divino en que arde no podrá menos de ablandar la dureza de vuestros corazones, de romper y derretir el hielo en que están sumidos; empezarán á encenderse y abrasarse en el amor santo y puro de Dios y de los hombres; gustarán las dulzuras de la virtud, y suspirarán por unirse para siempre con el amado de su alma en la mansión eterna y feliz de la gloria. *Amén.*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

FIN Y FRUTOS DE ESTA DEVOCIÓN

Repleti fructu justitie per Jesum Christum, in gloriam et laudem Dei.
Llenos de fruto de justicia por Jesucristo, para gloria y loor de Dios.

(S. PAB. Á LOS FILIPINSES, c. i, v. 11).

Al proponerme en este día, hermanos míos, hablaros de la excelencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, me bastaría recordaros el objeto de la misma, ya que toda devoción saca su excelencia principalmente de su objeto. De este modo os diría que es la devoción más excelente, como quiera que nada hay más grande, más noble ni más excelente que el corazón de nuestro Señor Jesucristo. Excelencia que se toma, no sólo de las cualidades naturales del corazón, sino también de su unión con el alma, la más perfecta y la más pura que hubo jamás, de la cual este divino corazón ha sido el más noble órgano en la producción de sus afecciones sensibles; y, sobre todo, de su unión con el Verbo eterno; unión que, haciendo de este Sagrado Corazón realmente el corazón de un Dios, le eleva infinitamente por encima de todo ser creado y da á todos sus movimientos un mérito infinito.

Pero, prescindiendo en estos momentos de tan altas y elevadas consideraciones, quiero fijarme en otra consideración práctica y utilísima para el aprovechamiento espiritual de vuestra alma.

Quando se quiere dar cuenta exacta de una institución y apreciar su valor, hay un medio seguro que emplear, esto es, el estudiar en ella el fin y los frutos. Este medio no engaña nunca.

Me propongo, pues, hoy, hermanos míos, el mismo medio para instruiros de una manera infalible sobre el valor de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Ciertamente sabemos, ante toda averiguación, que esta devoción no puede dejar de ser muy perfecta y excelente, puesto que ha sido practicada, no solamente por los más gran-